

PABLO VALDIVIA, Edición e introducción a *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina, Madrid, Cátedra, 2013, 821 págs.

“...Delirios de estar tantas horas solo y sin hablar con nadie y nada más que clavando puntas y cortando medias suelas rodeado de zapatos viejos, que son la cosa más triste del mundo, porque a mí siempre me hacían pensar en los muertos, sobre todo en esa época, en invierno, cuando todo el mundo se iba a la aceituna y podía pasarse el día entero sin que entrara nadie a hablar conmigo. En la guerra, cuando yo era chico, vi muchas veces zapatos de muertos. Fusilaban a alguien y lo dejaban tirado en una cuneta o detrás del cementerio y los niños íbamos a ver los cadáveres, y yo me fijaba en que a muchos se les habían salido los zapatos, o se veían unos zapatos tirados, o un zapato solo y no se sabía de qué muerto eran.”

Es un zapatero remendón, con cierto aire al apóstol San Mateo, quien esboza este pensamiento en “América”, el decimotercero de los diecisiete capítulos que componen *Sefarad*. El zapatero, su emocionante, irrelevante historia personal, su modesto local de trabajo, la ciudad andaluza en que se encuentra, y su reflexión sobre el calzado de la gente, parecen encontrarse muy lejos de los grandes temas del pensamiento y de la historia europea del siglo XX –de la historia europea reciente, por más que la deseemos, y hasta creamos, remota. La novela de Antonio Muñoz Molina, sin embargo, es la demostración de que no hay tal distancia: en Budapest, a orillas del Danubio, una hilera de zapatos recuerda a los judíos que fueron asesinados allí mismo, por parejas, y arrojados a las aguas del río. En el Museo del Holocausto, en Washington, una habitación amontona los zapatos reales de cientos de asesinados por la Solución Final nazi; el viajero se encuentra sin previo aviso ante este documento real, sin ningún otro elemento explicativo –no hace falta, el montón de zapatos, su deformidad, su irreparable abandono, hablan por sí mismos. En Polonia, un barracón del campo de exterminio de Majdanek, conservaba, tristísimos, los zapatos de más de 10.000 de víctimas de la Shoa, recordatorio de la barbarie hasta que un incendio los destruyó en 2010. ¿Acaso la tristeza de los zapatos que rodean al zapatero de la calle Real, la que le aguarda en su propia vejez demenciada, y la de todos esos miles de zapatos vaciados de sus dueños, amputados, no son la misma tristeza? “Walk in my shoes”, dicen los anglosajones para expresar nuestro “ponte en mi lugar”. *Sefarad* es la espléndida, devastadora demostración de que todos los hombres –en 1492, en

1944, hoy— podemos encontrarnos, en cualquier momento, calzando los zapatos del horror con los que subiremos a un tren que nos llevará al infierno.

Complejísima novela de historias que se entrecruzan, que se alimentan las unas de las otras, de voces que se solapan —quizá porque en el fondo son una misma voz que habla desde diferentes momentos, desde diferentes circunstancias, pero con una misma esencia humana de víctima en potencia—, *Sefarad* representa todos los exilios y exclusiones posibles: la persecución de los totalitarismos de Hitler y Stalin, la guerra civil española, pero también la Diáspora judía de 1492, y ese otro exilio que es la enfermedad —la tuberculosis de Kafka, el SIDA de los drogadictos espectrales que atraviesan algunas páginas, el Alzheimer del viejo zapatero que apenas recuerda los episodios galantes de su vida pasada, el diagnóstico fatal que escindirá por siempre la existencia del hombre que aguarda en la consulta del médico... Posiblemente este es el valor más deslumbrante de la novela de Muñoz Molina, el trascender la anécdota vital de este o aquel, de ahora o entonces, y demostrar, mediante una sucesión de casos que no puede leerse sin congoja, que todos los hombres podemos encontrarnos un buen día proscritos, con una estrella de David amarilla en el pecho, o unos asteriscos en los últimos análisis, rechazados por un orden burocrático que no entendemos o con el inconfundible porte descabalado de los yonquis... Así, la novela eleva a universal el valor de las incontables historias que baraja —algunas, conocidas: la de Kafka, la de Primo Levi—, otras anónimas.

Han pasado ya doce años desde la aparición de esta novela. Un filtro suficiente de tiempo desde el que evaluar el peso de su aportación. La edición de Pablo Valdivia acomete la tarea de interpretar adecuadamente la significación y alcance de *Sefarad*, situándola en el puesto que merece dentro de la narrativa hispánica contemporánea, más allá de la lectura inmediata, no siempre bien encaminada, que en su momento se hizo de la novela en la prensa cultural. Valdivia aborda este propósito en una extensa “Introducción” en la que comienza por destacar un valor evidente del libro: la incardinación de la Historia española en la Historia europea, al mostrar empíricamente, mediante *casos*, que la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto y los totalitarismos de Hitler y Stalin no han sido episodios ajenos a una España clausurada, aislada del continente. Benjamin se suicidó en Port Bou y de España partieron barcos cargados de niños a Rusia, y hubo españoles que vistieron el ominoso

uniforme del ejército alemán, y otros que lograron sobrevivir a los campos de exterminio... Sorprendentemente, como Valdivia expone en su trabajo introductorio, hasta la aparición de *Sefarad* la novela española contemporánea –con la salvedad de unos pocos títulos– se había mantenido de espaldas al tema del Holocausto y a la participación española en el drama. *Sefarad* no solamente rompe el ensimismamiento hispánico y se abre a la historia europea, sino que, además, plantea que las persecuciones y crímenes de los totalitarismos son una más de las formas en que pueden cristalizar el hostigamiento y el rechazo.

En su “Introducción”, Valdivia reconstruye minuciosamente la historia de la publicación y recepción de *Sefarad*, y de cómo esa primera –y, por lo general, desorientada– recepción ha condicionado algunas interpretaciones del libro. En particular, Valdivia desestima la clave, siempre golosa, del autobiografismo o la autoficción, aplicada a *Sefarad* en varias reseñas y artículos: este ángulo de lectura se muestra a todas luces insuficiente para dar cuenta de la complejidad de voces narrativas que componen la novela. Es precisa una interpretación más ambiciosa, que permita hacerse cabal idea del alcance de la novela: en primer lugar, de la reubicación que lleva a cabo de España en la universalidad –y el Holocausto, como emblema del horror institucionalizado que traspasa fronteras, es un motivo recurrente que incardina la memoria histórica española en el marco de la memoria histórica europea. En segundo lugar, Valdivia destaca el fragmentarismo y el perspectivismo de la narración –que la vinculan fuertemente a Proust y a Faulkner–, así como las repeticiones y variaciones de diversos elementos –trenes, fronteras, espectros...–, que permiten a Valdivia proponer una interpretación musical de la estructura de la novela: “Sefarad ofrece una estructura semejante a la de la ‘Fuga’ musical. A lo largo de la novela van apareciendo y desapareciendo diversas voces, temas y cambios en la perspectiva de un conjunto de elementos que cumplen narrativamente con la misma función que en la música consigue la técnica del contrapunto”.

El estudio introductorio ofrece también un análisis de cada uno de los capítulos no numerados que componen la novela, mostrando el denso entramado de vidas y voces que Muñoz Molina concita en las páginas de esta “novela de novelas”. Asimismo, se incluye una serie de fichas informativas de aquellos personajes históricos evocados en *Sefarad*, ampliando el alcance de la “Nota de lecturas” que Muñoz Molina adjunta a su novela. Se trata principalmente de testigos de la

opresión y las persecuciones nazis y soviéticas, tales como Primo Levi, Milena Jesenskà, Evgenia Ginzburg o Willi Münzenberg, cuyas vidas y escritos nutren la construcción literaria de la novela. Estas fichas resultan útiles al lector, habida cuenta del importante papel que desempeña su presencia en *Sefarad*, y la tardía difusión de los testimonios de todos ellos en nuestro país (*Si esto es un hombre*, de Levi, no apareció traducido al español hasta 1987).

Además, la edición incluye un apéndice en el que se analiza lo que el editor llama “el cuaderno Sefarad”, un bloc de notas manuscritas en que Muñoz Molina incluyó notas de sus lecturas, esbozó pasajes y capítulos, ensayó posibilidades compositivas... Valdivia también toma en consideración las últimas pruebas de imprenta del libro, con abundantes correcciones y anotaciones. De este modo, se brinda al lector un valioso análisis del sistema de trabajo del escritor ubetense.

El texto de *Sefarad* ha sido profusamente anotado por Valdivia: aunque todas las notas se sitúan en un único aparato –a pie de página– se distinguen dos tipos de anotación: por una parte, las meramente informativas, que cumplen la función de despejar dudas y completar los conocimientos de los lectores sobre las múltiples referencias culturales de la novela (y en este punto posiblemente Valdivia, al anotar, ha pensado no solo en las referencias que pueda desconocer un lector español, sino en las que serán necesarias al lector de cultura y lengua no españolas, pues en ocasiones se anota también algún término de vocabulario). Por otra parte, otra serie de notas está destinada a consignar las variantes existentes entre la edición princeps (2001) y la que se toma como texto base, del 2009, y también las numerosas correcciones, anotaciones, etc., aportadas por las últimas pruebas de imprenta manejadas por Muñoz Molina para la primera edición, así como las referencias del “Cuaderno *Sefarad*” relativas a diversos pasajes de la novela.

En definitiva, la edición cumple meritoriamente los múltiples objetivos que la alientan: situar adecuadamente la novela en el contexto de la novela española actual, analizar su recepción, ampliar y profundizar el alcance de su significado, subrayar su valor y dar cuenta del proceso escritural de su autor. *Sefarad* no merece menos.

CARMEN MORÁN RODRÍGUEZ
Universidad de Valladolid